



Edith Wharton

Después

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DESPUÉS

EDITH WHARTON

PUBLICADO: 1910
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I

—Oh, claro que lo hay, pero nunca llegaréis a saberlo.

La afirmación, lanzada entre risas seis meses atrás en un luminoso jardín de junio, volvió a Mary Boyne con una nueva percepción de su significado mientras aguardaba, en el crepúsculo de diciembre, a que trajeran las lámparas a la biblioteca.

Las palabras las había pronunciado su amiga Alida Stair cuando tomaban el té en el jardín de su casa de Pangbourne, en referencia a la mismísima casa cuya biblioteca era el elemento central, el eje de todo. Mary Boyne y su marido, en busca de una propiedad rural en alguno de los condados del sur o del suroeste, habían acudido nada más llegar a Inglaterra directamente a Alida Stair, que había resuelto con éxito ese mismo problema en su caso; pero no fue hasta después de haber rechazado, casi por capricho, varias sugerencias prácticas y sensatas, cuando ella les propuso: —Bueno, está Lyng, en Dorsetshire. Pertenece a los primos de Hugo y podéis conseguirla por cuatro cuartos.

Las razones que dio para que resultara tan asequible —su lejanía de cualquier estación de tren, la ausencia de luz eléctrica, cañerías de agua caliente y otras vulgaridades imprescindibles— eran precisamente las que abogaban a su favor ante dos románticos americanos obstinadamente a la búsqueda de las incomodidades prácticas que, en su imaginario, iban asociadas a las singulares felicidades arquitectónicas.

—Nunca creería que vivo en una casa antigua si no estuviera absolutamente incómodo —había insistido Ned Boyne, el más extravagante de los dos, en tono jocos—; el menor atisbo de «confort» me haría pensar que la han comprado en una exposición, con las piezas numeradas, y vuelto a

montar. Y habían procedido a enumerar, con humorística precisión, sus diversas dudas y exigencias, negándose a creer que la casa que les recomendaba su prima fuera realmente Tudor hasta saber que carecía de calefacción, o que la iglesia del pueblo estuviera literalmente en los terrenos hasta que ella les confirmó la deplorable irregularidad del suministro de agua.

— ¡Es demasiado incómoda para ser verdad! — había seguido exclamando Edward Boyne mientras le arrancaban sucesivamente la confesión de cada nueva desventaja; pero había cortado su rapsodia para preguntar, recayendo en la desconfianza—: ¿Y el fantasma? ¡Nos has ocultado que no hay ningún fantasma!

Mary, en ese momento, se había reído con él, aunque casi al mismo tiempo, pues disponía de varios planos de percepción independientes, había advertido una nota discordante en la jovial respuesta de Alida.

— Oh, Dorsetshire está lleno de fantasmas, ya sabéis.

— Sí, sí; pero eso no vale. No quiero tener que recorrer quince kilómetros para ver el fantasma de otro. Quiero uno mío, en la propia casa. ¿Hay un fantasma en Lyng?

La réplica hizo reír a Alida de nuevo, y fue entonces cuando ella lanzó con retintín: — Oh, claro que lo hay, pero nunca llegaréis a saberlo.

— ¿Que nunca lo sabremos? — la atajó Boyne—. Pero ¿qué constituye un fantasma, si no el hecho de que se le reconozca como tal?

— No sabría decirte. Pero esa es la historia.

— ¿Que hay un fantasma, pero que nadie sabe que lo es?

— Bueno... al menos no hasta después.

— ¿Hasta después?

— No hasta mucho, mucho después.

— Pero si una vez ha sido identificado como visitante de ultratumba, ¿por qué no se ha transmitido su descripción de generación en generación? ¿Cómo ha logrado conservar el incógnito?

Alida solo pudo sacudir la cabeza. — No me preguntes. Pero así ha sido.

— Y entonces, de pronto... — intervino Mary como desde las profundidades cavernosas de una intuición —, de pronto, mucho tiempo después, uno se dice: «¿Era eso?»

Le sorprendió el tono sepulcral con que su pregunta cayó sobre la broma de los otros dos, y vio cruzar por las pupilas de Alida la sombra de la misma sorpresa. — Supongo que sí. Uno simplemente tiene que esperar.

— ¡Al diablo con esperar! — interrumpió Ned —. La vida es demasiado corta para un fantasma que solo puede disfrutarse en retrospectiva. ¿No podemos hacer algo mejor, Mary?

Pero resultó que, a la postre, no estaban destinados a ello, porque en el plazo de tres meses desde su conversación con Mrs. Stair se habían instalado en Lyng, y la vida que habían anhelado, hasta el punto de planearla de antemano en todos sus detalles cotidianos, había comenzado por fin para ellos.

Consistía en sentarse, en el espeso crepúsculo de diciembre, junto a una chimenea de amplia campana como aquella, bajo unas vigas de roble negro como aquellas, con la conciencia de que más allá de los cristales emplomados las colinas se ensombrecían en una soledad más honda: para el goce último de tales sensaciones había soportado Mary Boyne, abruptamente desterrada de Nueva York por los negocios de su marido, casi catorce años de asfixiante fealdad en una ciudad del Medio Oeste, y por eso Boyne había perseverado con ahínco en su trabajo de ingeniero hasta que, con una brusquedad que aún la dejaba sin aliento, el prodigioso golpe de fortuna de la mina Blue Star los puso de repente en posesión de la vida y del tiempo libre para saborearla. Nunca habían pretendido que su nueva situación fuera de ociosidad; pero sí querían entregarse únicamente a actividades armoniosas. Ella tenía su visión de la pintura y la jardinería — sobre el fondo de muros grises —; él soñaba con escribir el libro que llevaba tanto tiempo planeando sobre «Las bases económicas de la cultura»; y con semejante trabajo absorbente por delante, ninguna existencia podía ser demasiado recluida: nunca estarían lo bastante lejos del mundo, ni lo bastante hundidos en el pasado.

Dorsetshire los había atraído desde el primer momento por un aire de lejanía del todo desproporcionado con respecto a su situación geográfica. Pero para los Boyne era una de las maravillas recurrentes de toda aquella

isla increíblemente comprimida —un nido de condados, como ellos la llamaban— que para producir sus efectos se necesitara tan poco de una cualidad dada y rindiera tanto: que tan pocas millas hicieran una distancia, y una distancia tan breve marcara una diferencia.

—Es eso —había explicado Ned con entusiasmo en cierta ocasión—, lo que da tal profundidad a sus efectos, tal relieve a sus contrastes. Han podido untar la mantequilla bien gruesa en cada delicioso bocado.

La mantequilla se había untado ciertamente con generosidad en Lyng: la vieja casa, escondida al abrigo de las colinas, poseía casi todas las marcas más finas del comercio con un pasado prolongado. El mero hecho de que no fuera ni grande ni excepcional la hacía, a ojos de los Boyne, abundar tanto más en su encanto particular: el encanto de haber sido durante siglos un hondo y oscuro depósito de vida. Aquella vida probablemente no había sido de las más intensas: durante largos períodos, sin duda, había caído en el pasado tan silenciosamente como caía la tranquila llovizna de otoño, hora tras hora, en el estanque de los peces entre los tejos; pero esos remansos de existencia crían a veces, en sus profundidades perezosas, extrañas agudezas de emoción, y Mary Boyne había sentido desde el principio el misterioso estremecimiento de memorias más intensas.

Nunca había sido más fuerte ese sentimiento que aquella tarde en particular, cuando, mientras aguardaba en la biblioteca a que llegaran las lámparas, se levantó de su silla y se quedó de pie entre las sombras junto al hogar. Su marido se había ido después del almuerzo a uno de sus largos paseos por las colinas. Había advertido últimamente que prefería salir solo; y, en la firme seguridad de su relación, había llegado a la conclusión de que el libro le daba problemas y que necesitaba las tardes para dar vueltas a solas a los asuntos pendientes de las mañanas. Lo cierto era que el libro no avanzaba con la fluidez que ella había imaginado, y habían aparecido arrugas de perplejidad entre sus cejas que nunca habían estado allí en sus tiempos de ingeniero. Entonces a menudo parecía agotado hasta el límite de la enfermedad, pero el demonio propio de la «preocupación» jamás había marcado su frente. Sin embargo, las pocas páginas que hasta entonces le había leído — la introducción y un resumen del capítulo inicial— mostraban un dominio firme del tema y una confianza creciente en sus propias fuerzas.

El hecho la sumía en mayor perplejidad aún, puesto que, ahora que había dejado atrás los «negocios» y sus perturbadoras contingencias, quedaba eliminada la única otra fuente posible de inquietud. A menos que fuera su salud. Pero físicamente había ganado desde que vinieron a Dorsetshire, se le veía más robusto, con mejor color, más vivaz la mirada. Solo en la última semana había notado en él ese cambio indefinible que la hacía sentirse inquieta en su ausencia y sin palabras en su presencia, como si fuera ella quien tuviera un secreto que ocultarle.

El pensamiento de que había un secreto en algún punto entre los dos la golpeó con un repentino asombro, y recorrió la larga sala con la mirada.

«¿Será la casa?», caviló.

La sala misma parecía estar llena de secretos. Se amontonaban, al caer la tarde, como las capas y capas de terciopelo oscuro que descendían del techo bajo, las hileras de libros, la escultura ennegrecida por el humo del hogar.

«Claro que sí: la casa está encantada», reflexionó.

El fantasma —el imperceptible fantasma de Alida— había figurado ampliamente en las bromas de su primer mes o dos en Lyng, para ir quedando poco a poco de lado por demasiado ineficaz como material para la imaginación. Mary había hecho, en efecto, como correspondía a la inquilina de una casa encantada, las indagaciones de rigor entre los vecinos del campo, pero más allá de un vago «Se dice, señora», los aldeanos no tenían nada que contar. El escurridizo espectro aparentemente nunca había tenido suficiente identidad como para que a su alrededor cristalizara una leyenda, y al cabo de un tiempo los Boyne lo habían consignado en su haber y su debe, conviniendo en que Lyng era una de las pocas casas lo bastante buenas en sí mismas para prescindir de los realces sobrenaturales.

—Y supongo que por eso, pobre demonio ineficaz, bate sus hermosas alas en vano en el vacío —había concluido Mary entre risas.

—O, más bien —respondió Ned en el mismo tono—, por qué, en medio de tanto que ya es fantasmal, no puede afirmar su existencia separada como el fantasma. Y a partir de entonces su invisible convecino había desaparecido definitivamente de sus referencias, que eran tan numerosas como para hacerlos olvidar pronto la pérdida.

Ahora, de pie junto al hogar, el tema de su curiosidad anterior revivió en ella con un nuevo sentido de su significado, un sentido adquirido poco a poco a través del trato diario con el escenario del misterio latente. Era la propia casa, desde luego, la que poseía la facultad de ver fantasmas, la que se comunicaba visual pero secretamente con su propio pasado; si uno lograra entrar en comunión suficientemente estrecha con la casa, podría sorprender su secreto y adquirir por cuenta propia el don de ver fantasmas. Quizá, en sus largas horas en aquella misma sala —donde ella nunca entraba antes de la tarde—, su marido ya lo había adquirido, y andaba cargando en silencio con el peso de lo que le hubiera revelado. Mary conocía demasiado bien el código del mundo espectral para no saber que de los fantasmas que uno veía no se hablaba: hacerlo era casi tan falta de gusto como nombrar a una señora en un club. Pero esta explicación no la satisfacía del todo. «¿Qué le importaría a él, después de todo, salvo por el placer del escalofrío», reflexionó, «cualquiera de esos viejos fantasmas?» Y desde ahí volvía a la perplejidad de fondo: el hecho de que la mayor o menor susceptibilidad de uno a las influencias espectrales no tuviera particular relevancia en el caso, puesto que cuando se veía un fantasma en Lyng, no se sabía que lo era.

«No hasta mucho después», había dicho Alida Stair. Bien: suponiendo que Ned hubiera visto uno cuando llegaron, y que solo en la última semana hubiera comprendido lo que le había ocurrido. Cada vez más bajo el hechizo de la hora, retrocedió con el pensamiento hasta los primeros días de su estancia, pero al principio solo para recordar una alegre confusión de cajas que desempacar, cosas que instalar, libros que ordenar, y voces que se llamaban mutuamente desde rincones remotos de la casa mientras, tesoro tras tesoro, esta se les iba revelando. Era en relación con todo ello que recordó ahora cierta apacible tarde del octubre anterior cuando, pasando del primer raptó febril de exploración a una inspección detallada de la vieja casa, había pulsado —como la heroína de una novela— un panel que se abría a una escalera de caracol que conducía a un saliente plano del tejado: ese tejado que, visto desde abajo, parecía descender por todos lados con demasiada pendiente para que cualquier pie no experto lo pisara.

La vista desde aquel mirador oculto era encantadora, y había bajado volando a arrancar a Ned de sus papeles y ofrecerle el don de su descubrimiento. Recordaba aún cómo él, de pie a su lado, la había rodeado con el bra-

zo mientras sus miradas volaban hacia la larga línea ondulada del horizonte de las colinas, y luego bajaban satisfechas a trazar el arabesco de los setos de tejo alrededor del estanque y la sombra del cedro en el jardín.

— Y ahora hacia el otro lado — había dicho él, girándola en el círculo de su brazo; y, estrechada contra él, había absorbido como un largo y saciante trago la imagen del patio de muros grises, los leones rechonchos sobre las verjas y la avenida de tilos que ascendía hasta la carretera bajo las colinas.

Fue entonces, mientras contemplaban y se abrazaban, cuando notó que el brazo de él se aflojaba y oyó un brusco «¡Vaya!» que la hizo volverse a mirarlo.

Con toda claridad, ahora lo recordaba: había visto, al girarse, una sombra de inquietud — de perplejidad, más bien — cruzarle el rostro; y, siguiendo su mirada, había divisado la figura de un hombre — un hombre con ropas holgadas de color grisáceo, según le pareció — que paseaba calle abajo por la avenida de tilos hacia el patio con el paso vacilante de un desconocido que busca el camino. Su miopía solo le había dado una impresión borrosa de esbeltez y grisura, con algo foráneo, o al menos no local, en el corte de la figura o de sus ropas; pero su marido evidentemente había visto más — lo suficiente para adelantarse a ella de un empujón con un precipitado «¡Espera!» y bajar las escaleras a la carrera sin detenerse a tenderle la mano.

Una ligera tendencia al mareo la obligó, tras aferrarse precariamente a la chimenea contra la que habían estado apoyados, a seguirle primero con mayor cautela; y al llegar al descansillo se detuvo de nuevo, por una razón menos definida, asomándose por la barandilla para escudriñar con los ojos el silencio de las profundidades moteadas de sol. Se quedó allí hasta que, en algún punto de esas profundidades, oyó cerrarse una puerta; luego, impulsada mecánicamente, bajó los poco profundos tramos de escalones hasta llegar al vestíbulo de la planta baja.

La puerta principal estaba abierta de par en par al sol del patio, y tanto el vestíbulo como el patio estaban vacíos. La puerta de la biblioteca también estaba abierta, y tras escuchar en vano si se oía alguna voz dentro, cruzó el umbral y encontró a su marido solo, hojeando vagamente los papeles de su escritorio.

Él levantó la vista, como sorprendido por su entrada, pero la sombra de la inquietud había desaparecido de su rostro, dejándolo incluso, según le pareció a ella, algo más despejado y sereno que de costumbre.

—¿Qué era? ¿Quién era? —preguntó ella.

—¿Quién? —repitió él, con toda la sorpresa de su parte.

—El hombre que vimos venir hacia la casa.

Pareció reflexionar. —¿El hombre? Creí que era Peters; bajé corriendo para decirle algo sobre las alcantarillas del establo, pero había desaparecido antes de que pudiera llegar.

—¿Desaparecido? Pero parecía caminar muy despacio cuando lo vimos.

Boyne se encogió de hombros. —Eso creí yo también; pero debe de haber apresurado el paso mientras tanto. ¿Qué te parece si intentamos subir al Meldon Steep antes de que se ponga el sol?

Y nada más. En aquel momento el incidente había sido algo menor que una nadería, y en efecto había sido borrado de inmediato por el encanto de su primera vista desde el Meldon Steep, una altura que habían soñado con escalar desde que vieron por primera vez su lomo pelado alzarse sobre el tejado de Lyng. Sin duda era el mero hecho de que el otro incidente hubiera ocurrido precisamente el día de su ascenso al Meldon lo que lo había mantenido guardado en el pliegue de la memoria del que ahora emergía; porque en sí mismo no tenía ninguna marca de lo portentoso. En aquel momento nada podría haber sido más natural que Ned se lanzara desde el tejado en persecución de tardos comerciantes. Era la época en que siempre estaban al acecho de uno u otro de los especialistas empleados en la casa; siempre esperándolos y saliendo a su encuentro con preguntas, reproches o recordatorios. Y ciertamente, a aquella distancia, la figura gris se parecía a Peters.

Y sin embargo, al repasar ahora la escena, sentía que la explicación de su marido había quedado invalidada por la expresión de inquietud de su rostro. ¿Por qué la aparición familiar de Peters le había causado inquietud? ¿Por qué, sobre todo, si era tan urgente conferir con él acerca de las alcantarillas del establo, el fracaso en encontrarle había producido aquella expresión de alivio? Mary no podía afirmar que ninguna de estas preguntas se le hubiera ocurrido entonces; sin embargo, por la prontitud con que ahora acudían a su

llamada, tenía la sensación de que debían de haber estado allí todo el tiempo, aguardando su hora.

II

Cansada de sus pensamientos, se acercó a la ventana. La biblioteca estaba ya completamente a oscuras, y le sorprendió ver cuánta luz tenue conservaba aún el mundo exterior.

Mientras escudriñaba la penumbra a través del patio, una figura fue tomando forma al fondo de la perspectiva de los tilos desnudos: no era más que una mancha de gris más oscuro en la grisura, y por un instante, al moverse hacia ella, el corazón le dio un vuelco al pensamiento de:

«¡Es el fantasma!»

Tuvo tiempo, en aquel largo instante, de sentir de repente que el hombre del que, dos meses antes, había tenido una visión lejana desde el tejado estaba a punto de revelar, en su hora predestinada, que no había sido Peters; y el ánimo se le hundió bajo el temor inminente de la revelación. Pero casi con el siguiente tictac del reloj la figura, cobrando sustancia y carácter, se mostró incluso a su vista deficiente como la de su marido; y se volvió para recibirle cuando entró, con la confesión de su locura.

—Es verdad que es absurdo — se rio —, pero nunca consigo recordarlo.

—¿Recordar qué? — preguntó Boyne mientras se reunían.

—Que cuando uno ve el fantasma de Lyng no lo sabe.

Tenía la mano en su manga, y él la mantuvo allí, pero sin respuesta en el gesto ni en las líneas de su rostro preocupado.

—¿Creías haberlo visto? — preguntó tras un apreciable silencio.

—Pues mira que te tomé por él, querido, en mi loca determinación de atraparlo.

—¿A mí, ahora mismo? —El brazo se le cayó, y se apartó de ella con un leve eco de su risa—. De verdad, querida, será mejor que lo dejes, si eso es lo mejor que puedes hacer.

—Oh, sí, lo dejas. ¿Y tú? —preguntó ella, volviéndose hacia él bruscamente.

La doncella había entrado con las cartas y una lámpara, y la luz hirió el rostro de Boyne cuando se inclinó sobre la bandeja que le presentaba.

—¿Y tú? —insistió Mary con obstinación, cuando la criada hubo desaparecido en su misión de iluminar la casa.

—¿Yo, qué? —replicó él distraído, mientras la luz acentuaba el sello cortante de la preocupación entre sus cejas al repasar las cartas.

—Si has dejado de intentar ver el fantasma. El corazón le latió un poco al hacer el experimento.

Su marido, dejando a un lado las cartas, se alejó hacia las sombras del hogar.

—Yo nunca lo he intentado —dijo, rasgando el envoltorio de un periódico.

—Bueno, claro —persistió Mary—, lo exasperante es que no sirve de nada intentarlo, puesto que no puede saberse hasta mucho tiempo después.

Él estaba desplegando el periódico como si apenas la oyera; pero tras una pausa, durante la cual los pliegos crujieron espasmódicamente entre sus manos, levantó la vista para preguntar: —¿Tienes idea de cuánto tiempo?

Mary se había hundido en una silla baja junto a la chimenea. Desde su asiento le miró el perfil, sobresaltada, proyectado contra el círculo de luz de la lámpara.

—No; ninguna. ¿Y tú? —respondió, repitiendo su pregunta anterior con una carga añadida de intención.

Boyne estrujó el periódico, y luego, de modo incongruente, se volvió con él hacia la lámpara.

— ¡Qué va! Solo quería decir —explicó con un leve tono de impaciencia—, ¿hay alguna leyenda al respecto, alguna tradición?

— Que yo sepa, no —respondió ella; pero el impulso de añadir «¿Por qué lo preguntas?» quedó detenido por la reaparición de la doncella con el té y una segunda lámpara.

Con la dispersión de las sombras y la repetición del cotidiano rito doméstico, Mary Boyne se sintió menos oprimida por aquella sensación de algo mudo e inminente que le había oscurecido la tarde. Durante unos momentos se entregó a los pormenores de su tarea, y cuando levantó la vista de ella le sorprendió hasta el desconcierto el cambio en el rostro de su marido. Se había sentado cerca de la lámpara más alejada y estaba absorto en la lectura de sus cartas; pero ¿era algo que hubiera encontrado en ellas, o simplemente un cambio en su propio punto de vista, lo que había devuelto a sus facciones su aspecto normal? Cuanto más miraba, con más claridad se afirmaba el cambio. Las líneas de tensión habían desaparecido, y los rastros de cansancio que quedaban eran del tipo que se atribuye fácilmente a un esfuerzo mental sostenido. Levantó los ojos, como atraído por su mirada, y la encontró con una sonrisa.

— Me muero de ganas de tomar el té, y aquí hay una carta para ti —dijo.

Ella tomó la carta que él le tendía a cambio de la taza que le ofrecía, y, volviendo a su asiento, rompió el lacre con el gesto lánguido del lector cuyos intereses están todos encerrados en el círculo de una presencia querida.

Su siguiente impulso consciente fue el de ponerse de pie de un salto, con la carta cayéndosele de las manos, mientras tendía a su marido un recorte de periódico.

— ¡Ned! ¿Qué es esto? ¿Qué significa?

Él se había levantado al mismo tiempo, casi como si hubiera oído el grito antes de que ella lo lanzara; y durante un espacio de tiempo perceptible él y ella se estudiaron el uno al otro, como adversarios al acecho de una ventaja, a través del espacio que separaba su silla de su escritorio.

— ¿Qué es qué? ¡Me has dado un susto! —dijo Boyne al cabo, acercándose a ella con una carcajada brusca y algo exasperada. La sombra del temor volvía a estar en su rostro, no ya como una inquietud fija, sino como

una vigilancia oscilante en los labios y los ojos que le daba la sensación de que se sentía rodeado de forma invisible.

Le temblaba tanto la mano que apenas podía darle el recorte.

—Este artículo... del Waukesha Sentinel... dice que un tal Elwell ha entablado una demanda contra ti..., que había algo turbio en el asunto de la mina Blue Star. No consigo entender más de la mitad.

Siguieron mirándose el uno al otro mientras ella hablaba, y para su asombro vio que sus palabras tuvieron el efecto casi inmediato de disipar la tensa vigilancia de la mirada de él.

—¡Ah, eso! —Echó un vistazo al recorte impreso y luego lo dobló con el gesto de quien maneja algo inofensivo y familiar—. ¿Qué te pasa esta tarde, Mary? Creí que habías recibido malas noticias.

Ella se quedó delante de él con su terror indefinible cediendo poco a poco ante la tranquilidad del tono de él.

—¿Sabías entonces lo de esto..., está todo en orden?

—Naturalmente que lo sabía, y está todo en orden.

—Pero ¿qué es? No lo entiendo. ¿De qué te acusa ese hombre?

—De casi todos los delitos del calendario. —Boyne había tirado el recorte y se había dejado caer en un sillón junto al fuego—. ¿Quieres oír la historia? No es particularmente interesante: solo una disputa por intereses en la Blue Star.

—Pero ¿quién es ese Elwell? No conozco el nombre.

—Oh, es un tipo al que yo introduje en el asunto: le di una mano. Ya te lo conté todo en su momento.

—Es posible. Debo de haberlo olvidado. —Trató en vano de hurgar en sus recuerdos—. Pero si le ayudaste, ¿por qué te paga de esta manera?

—Probablemente algún abogado de mala muerte lo cogió y lo convenció. Todo es bastante técnico y complicado. Creí que esa clase de cosas te aburrían.

Su mujer sintió un pinchazo de remordimiento. En teoría, desaprobaba el distanciamiento de la esposa americana respecto a los intereses profesio-

ales del marido, pero en la práctica siempre le había resultado difícil fijar la atención en los informes de Boyne sobre los negocios en que sus variados intereses le implicaban. Además, durante sus años de exilio había sentido que, en una comunidad donde las comodidades de la vida solo podían obtenerse al precio de esfuerzos tan arduos como los trabajos profesionales de su marido, el escaso tiempo libre que él y ella podían disponer debía emplearse como evasión de las preocupaciones inmediatas, como una huida hacia la vida que siempre habían soñado vivir. Una o dos veces, ahora que aquella nueva vida había trazado por fin su círculo mágico alrededor de ellos, se había preguntado si había obrado bien; pero hasta entonces tales cavilaciones no habían sido más que las excursiones retrospectivas de una imaginación activa. Ahora, por primera vez, le sobresaltó un poco descubrir lo poco que sabía de los fundamentos materiales sobre los que se asentaba su felicidad.

Miró a su marido y de nuevo lo encontró sereno; pero sentía la necesidad de motivos más concretos para su tranquilidad.

—¿Pero no te preocupa esta demanda? ¿Por qué no me habías hablado de ella?

Respondió a ambas preguntas de una vez. —Al principio no te lo dije porque sí me preocupaba..., me molestaba, más bien. Pero ya es agua pasada. Tu corresponsal debió de hacerse con un número atrasado del Sentinel.

Ella sintió una viva sacudida de alivio. —¿Quieres decir que ya terminó? ¿Que perdió el caso?

Hubo una pausa apenas perceptible antes de que Boyne respondiera. —La demanda se ha retirado, eso es todo.

Pero ella insistió, como para exonerarse del reproche interior de dejarse convencer demasiado fácilmente. —¿La retiró porque vio que no tenía nada que hacer?

—Oh, no tenía ninguna posibilidad —respondió Boyne.

Ella seguía debatiéndose con una perplejidad vagamente sentida en el fondo de sus pensamientos.

—¿Cuándo se retiró?

Él hizo una pausa, como si acusara un leve retorno de su anterior incertidumbre. — Acabo de recibir la noticia; pero la esperaba.

— ¿Ahora mismo, en una de tus cartas?

— Sí; en una de mis cartas.

Ella no respondió, y solo se dio cuenta, al cabo de un breve silencio, de que él se había levantado y, cruzando la sala, se había sentado a su lado en el sofá. Lo sintió pasarle el brazo por los hombros, sintió su mano buscar la suya y estrecharla, y al volverse poco a poco, atraída por el calor de su mejilla, encontró sus ojos sonrientes.

— ¿Está todo bien, está todo bien? — preguntó, mientras la inundación de sus dudas se disolvía; y él le respondió riendo: — ¡Te doy mi palabra de que nunca ha estado mejor! — estrechándola contra sí.

III

Una de las cosas más extrañas que habría de recordar después, de entre todas las extrañezas del día siguiente, fue la recuperación súbita y completa de su sensación de seguridad.

Estaba en el aire cuando se despertó en su habitación de techo bajo y penumbrosa; la acompañó escaleras abajo hasta la mesa del desayuno, destelló hacia ella desde el fuego y se reduplicó en los flancos de la tetera y las acanaladuras robustas de la cafetera georgiana. Era como si, por algún rodeo, todos sus difusos temores del día anterior — con su momento de aguda concentración alrededor del artículo del periódico — como si ese oscuro interrogar al futuro y ese sobresaltado regreso al pasado hubieran liquidado entre los dos los atrasos de alguna obligación moral que la acechaba. Si en verdad había descuidado los asuntos de su marido, era porque — así parecía

demostrar su nuevo estado— su fe en él justificaba instintivamente ese descuido; y el derecho de él a su fe se había afirmado ahora ante la misma cara de la amenaza y la sospecha. Nunca le había visto más sereno, más natural e inconscientemente él mismo, que después del interrogatorio a que ella le había sometido: era casi como si él hubiera percibido sus dudas y hubiera querido tanto como ella despejar el aire.

Lo estaba, a Dios gracias, tanto como la brillante luz exterior que la sorprendió casi con un toque de verano cuando salió de la casa para su ronda matinal por los jardines. Había dejado a Boyne en su escritorio, permitiéndose, al pasar ante la puerta de la biblioteca, un último vistazo a su rostro tranquilo, inclinado con la pipa en la boca sobre sus papeles; y ahora tenía su propia tarea matinal que cumplir. La tarea implicaba, en aquellos días de invierno hechizados, casi tanto deambular feliz por los distintos rincones de su propiedad como si la primavera ya estuviera obrando en ellos. Quedaban ante ella posibilidades tan infinitas, tantas oportunidades de sacar a la luz las gracias latentes del viejo lugar sin un solo toque irreverente de alteración, que el invierno se quedaba demasiado corto para planear lo que la primavera y el otoño ejecutarían. Y su recuperada sensación de seguridad daba, aquella mañana en particular, un celo especial a su paseo por el dulce y silencioso lugar. Fue primero al huerto, donde los perales en espaldera trazaban dibujos complicados sobre los muros y las palomas revoloteaban y se acicalaban alrededor del tejado de pizarra plateada de su palomar. Algo fallaba en la instalación del invernadero, y esperaba a un especialista de Dorchester que debía llegar entre trenes y hacer un diagnóstico de la caldera. Pero cuando se adentró en el calor húmedo de los invernaderos, entre los aromas especiados y los rosas y rojos cereos de las plantas exóticas de anticuada estirpe — ¡hasta la flora de Lyng estaba en el tono! — supo que el gran hombre no había llegado, y como el día era demasiado precioso para desperdiciarlo en un ambiente artificial, salió de nuevo y recorrió el césped elástico del bowling-green hasta los jardines de la parte trasera de la casa. Al fondo se alzaba una terraza de hierba con vistas al estanque y a los setos de tejo, y a la larga fachada de la casa con sus chimeneas retorcidas y los ángulos del tejado azul, todo empapado en la pálida humedad dorada del aire.

Vista así, a través del trazado horizontal de los jardines, la casa le enviaba, desde las ventanas abiertas y las chimeneas humeantes y acogedoras, la

impresión de una presencia humana cálida, de un espíritu madurado lentamente contra el soleado muro de la experiencia. Nunca antes había sentido tan hondamente la intimidad con ella, tan profunda la convicción de que sus secretos eran todos benéficos, guardados, como se dice a los niños, «para el bien de uno»; semejante confianza en su poder de tomar la vida de ella y la de Ned y engarzarlas en el armonioso tejido de la larga historia que tejía sentada allí al sol.

Oyó pasos a su espalda y se volvió, esperando ver al jardinero acompañado del ingeniero de Dorchester. Pero solo había una figura a la vista: la de un hombre joven y de complexión ligera que, por razones que no hubiera podido explicar en aquel momento, no se parecía en absoluto a su idea de un experto en calderas de invernadero. El recién llegado, al verla, se quitó el sombrero y se detuvo con el aire de un caballero —quizá un viajero— que desea dar a entender que su intrusión es involuntaria. Lyng atraía de vez en cuando al viajero de mayor cultura, y Mary esperó a medias que el desconocido disimulara una cámara, o justificara su presencia sacándola. Pero no hizo ningún ademán, y tras un momento ella preguntó, en un tono que respondía a la cortés vacilación de su actitud:

—¿Desea ver a alguien?

—He venido a ver al Sr. Boyne —respondió. Su entonación, más que su acento, era levemente americana, y Mary, al notarlo, le miró con más atención. El ala de su sombrero de fieltro suave proyectaba una sombra sobre su rostro, que, así velado, ofrecía a su mirada miope un aire de seriedad, como de persona que llega «a tratar un asunto» y es consciente de sus derechos con cortesía pero con firmeza.

La experiencia pasada la había vuelto igualmente sensible a tales pretensiones; pero era celosa de las mañanas de trabajo de su marido, y dudaba de que hubiera concedido a nadie el derecho de interrumpirlas.

—¿Tiene usted cita con mi marido? —preguntó.

El visitante vaciló, como si no hubiera previsto la pregunta.

—Creo que me espera —respondió.

Le tocó a Mary vacilar. —Es que esta es su hora de trabajo: nunca recibe a nadie por las mañanas.

Él la miró un momento sin responder; luego, como aceptando su decisión, comenzó a alejarse. Al volverse, Mary le vio detenerse y mirar hacia la apacible fachada de la casa. Algo en su actitud sugería cansancio y decepción, el abatimiento del viajero que ha venido de lejos y cuyas horas están limitadas por el horario de los trenes. Se le ocurrió que si era así, su negativa podría haber hecho inútil el viaje, y un sentimiento de compasión la impulsó a apresurarse tras él.

—¿Puedo preguntarle si ha venido desde lejos?

Él le dirigió la misma mirada grave. — Sí; he venido desde muy lejos.

—Entonces, si va usted a la casa, seguramente mi marido le recibirá ahora. Lo encontrará en la biblioteca.

No sabía por qué había añadido esa última frase, salvo por un vago impulso de compensar su anterior falta de hospitalidad. El visitante parecía a punto de expresar su agradecimiento, pero su atención fue distraída por la llegada del jardinero con un acompañante que llevaba todos los rasgos del experto venido de Dorchester.

—Por aquí —le dijo al desconocido, indicándole la casa con un gesto; y un instante después lo había olvidado por completo, absorta en su encuentro con el fontanero.

El encuentro tuvo consecuencias tan amplias que el ingeniero acabó encontrando conveniente ignorar su tren, y Mary se dejó seducir para pasar el resto de la mañana en una charla absorbente entre los tiestos. Cuando terminó la consulta, le sorprendió comprobar que era casi la hora del almuerzo, y a medio camino de vuelta a la casa esperó a medias encontrarse con su marido saliendo a su encuentro. Pero no encontró a nadie en el patio salvo a un subjardinero rastrillando la grava, y el vestíbulo, al entrar, estaba tan silencioso que dedujo que Boyne seguía trabajando.

Sin querer interrumpirle, entró en el salón, y allí, ante su escritorio, se perdió en nuevos cálculos del desembolso al que la conferencia matinal la había comprometido. El hecho de poder permitirse tales lujos aún no había perdido su novedad; y de algún modo, en contraste con los vagos temores de los días anteriores, parecía ahora un elemento de su recuperada seguridad, de esa sensación de que, como había dicho Ned, las cosas en general nunca habían ido «mejor».

Seguía recreándose en un generoso juego de cifras cuando la doncella, desde el umbral, la arrancó de sus ensoñaciones con una consulta sobre si era conveniente servir el almuerzo. Uno de sus chistes habituales era que Trimmle anunciaba el almuerzo como si divulgara un secreto de Estado, y Mary, absorta en sus papeles, se limitó a murmurar un asentimiento distraído.

Sintió a Trimmle vacilar con dubitativa desaprobación en el umbral, como en reproche de tan irreflexivo asentimiento; luego sus pasos en retirada resonaron por el pasillo, y Mary, apartando los papeles, cruzó el vestíbulo y fue a la puerta de la biblioteca. Seguía cerrada, y vaciló a su vez, sin ganas de molestar a su marido, pero ansiosa de que no sobrepasara su medida habitual de trabajo. Mientras así oscilaba entre sus impulsos, Trimmle reapareció con el anuncio del almuerzo, y Mary, así impelida, abrió la puerta de la biblioteca.

Boyne no estaba en su escritorio, y ella recorrió la sala con la mirada, esperando descubrirle ante las estanterías de libros, en algún punto a lo largo de la sala; pero su llamada no obtuvo respuesta, y poco a poco fue quedando claro que no estaba allí.

Se volvió hacia la doncella.

—El Sr. Boyne debe de estar arriba. Dígale, por favor, que el almuerzo está listo.

Trimmle pareció dudar entre su evidente deber de obediencia y una convicción igualmente evidente de la necedad de la orden que le daban. La pugna se resolvió con:

—Con permiso de usted, señora, el Sr. Boyne no está arriba.

—¿No está en su habitación? ¿Está segura?

—Segura, señora.

Mary consultó el reloj. —¿Pues dónde está?

—Ha salido —anunció Trimmle, con el aire superior de quien ha esperado respetuosamente la pregunta que una mente bien ordenada habría hecho en primer lugar.

Su suposición había sido acertada, entonces. Boyne debía de haber ido a los jardines a su encuentro, y como se lo había cruzado, era evidente que había tomado el camino más corto por la puerta sur, en lugar de rodear por el patio. Cruzó el vestíbulo hasta la ventana francesa que daba directamente al jardín de los tejos, pero la doncella, tras otro momento de conflicto interno, se decidió a añadir: —Con permiso de usted, señora, el Sr. Boyne no fue por ahí.

Mary se volvió. —¿Por dónde fue? ¿Y cuándo?

—Salió por la puerta principal, por el camino de entrada, señora. —Era un principio de Trimmle no responder nunca a más de una pregunta a la vez.

—¿Por el camino de entrada? ¿A estas horas? —Mary fue ella misma a la puerta y echó un vistazo al patio a través del túnel de tilos desnudos. Pero su perspectiva estaba tan vacía como cuando lo había cruzado al entrar.

—¿No dejó ningún recado el Sr. Boyne?

Trimmle pareció rendirse a una última pugna con las fuerzas del caos.

—No, señora. Salió simplemente con el caballero.

—¿El caballero? ¿Qué caballero? —Mary se volvió de golpe, como para encarar este nuevo elemento.

—El caballero que vino a verle, señora —dijo Trimmle con resignación.

—¿Cuándo vino un caballero a verle? ¡Explíquese, Trimmle!

Solo el hecho de que Mary tenía mucha hambre y quería consultar con su marido el asunto de los invernaderos la habría llevado a imponerle tan inhabitual exigencia a su doncella; y aun así, lo bastante distante para advertir en los ojos de Trimmle el amanecer de la rebeldía de la subordinada respetuosa a quien han apretado demasiado.

—No podría decir exactamente la hora, señora, porque no fui yo quien le abrió la puerta —respondió ella, con aire de ignorar discretamente la irregularidad de la conducta de su señora.

—¿Que no fue usted quien le abrió?

—No, señora. Cuando sonó el timbre yo estaba vistiéndome, y Agnes...

— Vaya entonces a preguntarle a Agnes — dijo Mary.

Trimble mantuvo su expresión de paciente magnanimidad. — Agnes no sabría nada, señora, porque tuvo la desgracia de quemarse la mano apagando la mecha de la nueva lámpara de la ciudad — Trimble, como bien sabía Mary, siempre se había opuesto a la nueva lámpara —, y Mrs. Dockett mandó en su lugar a la fregona.

Mary miró de nuevo el reloj. — ¡Son las dos pasadas! Vaya a preguntarle a la fregona si el Sr. Boyne dejó algún recado.

Se fue a almorzar sin esperar, y Trimble le trajo poco después la declaración de la fregona en el sentido de que el caballero había venido hacia las once, y que el Sr. Boyne había salido con él sin dejar ningún recado. La fregona ni siquiera sabía el nombre del visitante, pues este lo había escrito en un papel que dobló y le entregó, con el encargo de llevárselo al Sr. Boyne sin demora.

Mary terminó el almuerzo, sin dejar de preguntarse, y cuando hubo terminado, y Trimble hubo traído el café al salón, su perplejidad se había profundizado hasta adquirir el primer y leve matiz de inquietud. No era propio de Boyne ausentarse sin explicación a una hora tan insólita, y la dificultad de identificar al visitante a cuya llamada había obedecido hacía su desaparición más inexplicable aún. La experiencia de Mary Boyne como esposa de un ingeniero activo, sometido a llamadas repentinas y obligado a guardar horarios irregulares, la había adiestrado en la aceptación filosófica de las sorpresas; pero desde que Boyne se había retirado de los negocios había adoptado una regularidad de vida benedictina. Como para compensar los años dispersos y agitados, con sus almuerzos en pie y sus cenas engullidas a los traqueteos del vagón comedor, cultivaba los últimos refinamientos de la puntualidad y la monotonía, desalentando la afición de su mujer a lo imprevisto y declarando que para un gusto delicado había gradaciones infinitas de placer en la recurrencia de los hábitos.

Con todo, puesto que ninguna vida puede defenderse por completo de lo imprevisto, era evidente que tarde o temprano todas las precauciones de Boyne demostrarían ser insuficientes, y Mary concluyó que había acertado una visita pesada acompañando a su interlocutor hasta la estación, o al menos una parte del camino.

Esta conclusión la liberó de toda preocupación ulterior, y salió ella misma a reanudar la conversación con el jardinero. De allí se fue andando hasta la oficina de correos del pueblo, a poco más de un kilómetro; y cuando emprendió el regreso a casa caía ya el crepúsculo temprano.

Había tomado un sendero por las colinas, y como Boyne, entre tanto, habría vuelto probablemente de la estación por la carretera principal, era poco probable que se encontraran. Estaba segura, sin embargo, de que él habría llegado a la casa antes que ella; tan segura que, al entrar, sin siquiera detenerse a preguntar a Trimmle, fue directamente a la biblioteca. Pero la biblioteca seguía vacía, y con una exactitud de memoria visual inhabitual en ella observó que los papeles del escritorio de su marido yacían exactamente igual que cuando había entrado a llamarle a almorzar.

Entonces, de pronto, la asaltó un vago terror de lo desconocido. Había cerrado la puerta al entrar, y mientras permanecía sola en la larga sala silenciosa, aquel terror pareció tomar forma y sonido, estar allí respirando y acechando entre las sombras. Sus ojos miopes los escrutaban, adivinando a medias una presencia real, algo distante que observaba y sabía; y en el retroceso ante aquella presencia intangible se precipitó sobre el cordón de la campanilla y dio un tirón brusco.

El urgente toque hizo aparecer a Trimmle precipitadamente con una lámpara, y Mary respiró de nuevo ante esta sobria reaparición de lo cotidiano.

—Puede traer el té si el Sr. Boyne está en casa —dijo, para justificar su llamada.

—Muy bien, señora. Pero el Sr. Boyne no está en casa —dijo Trimmle, dejando la lámpara.

—¿Que no está? ¿Quiere decir que ha vuelto y ha vuelto a salir?

—No, señora. No ha vuelto.

El terror la asió de nuevo, y Mary supo que ahora la tenía bien cogida.

—¿Desde que salió con... el caballero?

—Desde que salió con el caballero.

—Pero ¿quién era el caballero? —insistió Mary, con la nota aguda de quien intenta hacerse oír a través de una confusión de ruidos.

— Eso no podría decirlo, señora. — Trimmle, de pie junto a la lámpara, parecía encogerse de pronto, perder su redondez y su rubicundez, como si la eclipsara la misma sombra rastrera de aprensión.

— Pero la fregona sabe... ¿no fue la fregona quien le abrió?

— Ella tampoco sabe, señora, porque escribió su nombre en un papel doblado.

Mary, en medio de su agitación, era consciente de que ambas estaban designando al visitante desconocido con un pronombre vago en lugar de la fórmula convencional que hasta entonces había mantenido sus alusiones dentro de los límites del decoro. Y al mismo tiempo su mente reparó en la sugerencia del papel doblado.

— ¡Pero debe de tener un nombre! ¿Dónde está el papel?

Se acercó al escritorio y empezó a revolver los documentos que lo cubrían. El primero que atrajo su mirada era una carta inacabada de puño y letra de su marido, con la pluma atravesada encima, como si la hubiera dejado caer al oír un llamado repentino.

«Mi querido Parvis: acabo de recibir su carta comunicándome la muerte de Elwell, y aunque supongo que ya no existe riesgo de nuevos problemas, quizá sería prudente...»

Dejó la hoja a un lado y siguió buscando; pero entre las cartas y las páginas de manuscrito amontonadas como por un gesto apresurado o sobresaltado no había ningún papel doblado.

— Pero la fregona lo vio. Mándela aquí — ordenó, asombrándose de su torpeza por no haber pensado antes en solución tan sencilla.

Trimmle desapareció en un instante, como agradecida de salir de la habitación, y cuando reapareció conduciendo a la turbada subordinada, Mary había recobrado la compostura y tenía las preguntas preparadas.

El caballero era un desconocido, sí; eso lo entendía. Pero ¿qué había dicho? Y, sobre todo, ¿qué aspecto tenía? La primera pregunta era bastante fácil de responder, por la desconcertante razón de que había dicho muy poco: únicamente había preguntado por el Sr. Boyne y, garabateando algo en un papel, había pedido que le fuera llevado inmediatamente.

—¿Entonces no sabe lo que escribió? ¿No está segura de que fuera su nombre?

La fregona no estaba segura, pero suponía que sí, puesto que lo había escrito en respuesta a su pregunta de a quién debía anunciar.

—¿Y cuando le llevó el papel al Sr. Boyne, qué dijo él?

La fregona no creía que el Sr. Boyne hubiera dicho nada, aunque no podía estar segura, porque en el mismo momento en que le entregaba el papel y él lo estaba abriendo se había dado cuenta de que el visitante la había seguido a la biblioteca, y se había escabullido, dejando a los dos caballeros solos.

—Pero entonces, si los dejó en la biblioteca, ¿cómo sabe que salieron de la casa?

La pregunta sumió a la testigo en una momentánea inarticulación, de la que fue rescatada por Trimmle, quien mediante ingeniosos circunloquios logró obtener la declaración de que antes de poder cruzar el vestíbulo hacia el pasillo de servicio había oído a los dos caballeros a su espalda y los había visto salir juntos por la puerta principal.

—Entonces, si vio al caballero desconocido dos veces, debe de poder decirme qué aspecto tenía.

Pero con este desafío final a sus facultades descriptivas quedó claro que la fregona había llegado al límite de su resistencia. La obligación de ir a la puerta principal a «abrir» a un visitante era en sí misma tan subversiva del orden fundamental de las cosas que había puesto sus facultades en un desconcierto irreparable, y solo pudo balbucear, tras varios esfuerzos jadeantes: —Su sombrero, señora, era diferente, por así decirlo...

—¿Diferente? ¿En qué sentido diferente? —saltó Mary, mientras su propia mente, en ese mismo instante, daba un salto hacia una imagen grabada aquella mañana y luego enterrada bajo capas de impresiones posteriores.

—Su sombrero tenía el ala ancha, ¿quiere decir? ¿Y el rostro pálido..., un rostro joven? —la apremió Mary con una intensidad de interrogación que le demudó los labios. Pero si la fregona encontró alguna respuesta adecuada a este desafío, fue arrastrada para su interlocutora por la corriente impetuosa de sus propias convicciones. ¡El desconocido, el desconocido del jardín!

¿Por qué no había pensado antes en él Mary? Ya no necesitaba que nadie le dijera que era él quien había ido a buscar a su marido y se había ido con él. Pero ¿quién era, y por qué había obedecido Boyne?

IV

Saltó ante ella de pronto, como una mueca en la oscuridad, el recuerdo de que a menudo habían dicho de Inglaterra que era un lugar «endiabladamente difícil para perderse».

¡Un lugar endiabladamente difícil para perderse! Esa había sido la frase de su marido. Y ahora, con toda la maquinaria de la investigación oficial barriando con sus focos de costa a costa y a través de los estrechos que la separaban; ahora que el nombre de Boyne ardía en las paredes de todos los pueblos y ciudades, que su retrato — ¡cuánto le desgarraba! — era pregonado de un extremo al otro del país como el de un criminal fugado; ahora la pequeña isla compacta y populosa, tan vigilada, controlada y administrada, se revelaba como guardiana esfinge de abisales misterios, mirando a los ojos angustiados de la esposa como con la perversa alegría de saber algo que ellos nunca sabrían.

En las dos semanas transcurridas desde la desaparición de Boyne no había habido ni una palabra de él, ni rastro de sus movimientos. Incluso los informes equívocos habituales que levantan la esperanza en pechos atormentados habían sido escasos y fugaces. Nadie más que la fregona había visto a Boyne salir de la casa, y nadie más había visto «al caballero» que le acompañaba. Todas las indagaciones en los alrededores no lograron evocar el recuerdo de la presencia de ningún desconocido en aquel paraje aquel día. Y nadie había visto a Edward Boyne, ni solo ni acompañado, en ninguno de los pueblos vecinos, ni en el camino por las colinas, ni en ninguna de las estaciones de ferrocarril locales. El soleado mediodía inglés

lo había engullido tan por completo como si hubiera salido hacia la noche cimeria.

Mary, mientras todos los medios oficiales de investigación funcionaban a pleno rendimiento, había registrado minuciosamente los papeles de su marido en busca de cualquier rastro de complicaciones anteriores, enredos u obligaciones que ella desconociera y que pudieran arrojar algún rayo de luz en la oscuridad. Pero si algo así había existido en el trasfondo de la vida de Boyne, había desaparecido como el trozo de papel en que el visitante había escrito su nombre. No quedaba ningún posible hilo conductor, salvo —si es que era una excepción— la carta que Boyne aparentemente estaba escribiendo cuando recibió su misteriosa llamada. Esa carta, leída y releída por su mujer y sometida por ella a la policía, ofrecía bien poco pábulo a las conjeturas.

«Acabo de enterarme de la muerte de Elwell, y aunque supongo que ya no existe riesgo de nuevos problemas, quizá sería prudente...» Eso era todo. El «riesgo de nuevos problemas» quedaba fácilmente explicado por el recorte de periódico que había informado a Mary de la demanda interpuesta contra su marido por uno de sus socios en el negocio de la Blue Star. La única información nueva que aportaba la carta era el hecho de que mostraba a Boyne, en el momento de escribirla, todavía inquieto por las consecuencias de la demanda, aunque le había dicho a su mujer que había sido retirada, y aunque la propia carta probaba que el demandante había muerto. Varios días de mensajes telegráficos fueron necesarios para establecer la identidad del «Parvis» al que se dirigía el fragmento, pero incluso después de que las indagaciones demostraran que se trataba de un abogado de Waukesha, no se obtuvo ningún dato nuevo sobre la demanda Elwell. Al parecer no había tenido participación directa en el asunto, sino que solo estaba al tanto de los hechos como conocido y posible intermediario; y declaró ser incapaz de adivinar con qué propósito pretendía Boyne solicitar su ayuda.

Esta información negativa, único fruto de las dos primeras semanas de búsqueda, no se vio incrementada ni un ápice durante las lentas semanas que siguieron. Mary sabía que las investigaciones continuaban, pero tenía la vaga sensación de que iban aflojándose poco a poco, así como el propio transcurso real del tiempo parecía aflojarse. Era como si los días, huyendo despavoridos de la imagen velada de aquel único día impenetrable, fueran

cobrando confianza a medida que aumentaba la distancia, hasta que por fin volvían a su ritmo habitual. Y lo mismo sucedía con las imaginaciones humanas que trabajaban sobre el oscuro acontecimiento. Sin duda seguía ocupándolas, pero semana a semana y hora a hora ocupaba menos espacio, iba siendo empujado lenta pero inevitablemente hacia el fondo de la conciencia por los nuevos problemas que borboteaban sin cesar en el turbio caldero de la experiencia humana.

La conciencia de la propia Mary fue notando gradualmente la misma disminución de velocidad. Seguía balanceándose con las incesantes oscilaciones de las conjeturas; pero estas eran más lentas, más rítmicas en su cadencia. Había incluso momentos de cansancio en que, como la víctima de algún veneno que deja el cerebro lúcido pero el cuerpo inmóvil, se veía a sí misma domesticada con el Horror, aceptando su presencia perpetua como una de las condiciones fijas de la vida.

Esos momentos se prolongaban en horas y días, hasta que entró en una fase de estoica resignación. Contemplaba la rutina de la vida diaria con el ojo indiferente de un salvaje al que los procesos sin sentido de la civilización apenas dejan huella. Había llegado a considerarse parte de la rutina, un radio de la rueda que giraba con ella; se sentía casi como el mobiliario de la habitación en que estaba sentada, un objeto inerte que había que sacudir el polvo y mover con las sillas y las mesas. Y esta apatía creciente la retenía en Lyng, pese a las súplicas de los amigos y la habitual recomendación médica de «un cambio de aires». Sus amigos suponían que su negativa a moverse obedecía a la creencia de que su marido volvería algún día al lugar del que había desaparecido, y en torno a este imaginario estado de espera fue creciendo una hermosa leyenda. Pero en realidad no albergaba tal creencia: las profundidades de angustia que la rodeaban ya no estaban iluminadas por destellos de esperanza. Estaba segura de que Boyne no volvería nunca, de que había desaparecido de su vista con tanta completud como si la Muerte misma hubiera aguardado aquel día en el umbral. Había ido renunciando, una a una, a las diversas teorías sobre su desaparición que habían avanzado la prensa, la policía y su propia imaginación atormentada. En su puro agotamiento, la mente se apartó de estas alternativas de horror y se hundió de nuevo en el hecho escueto de que él se había ido.

No, nunca sabría qué había sido de él; nadie lo sabría nunca. Pero la casa lo sabía; la biblioteca en que pasaba sus largas y solitarias veladas lo sabía.

Porque fue aquí donde se había representado la última escena, aquí donde había llegado el desconocido y pronunciado la palabra que había hecho a Boyne levantarse y seguirle. El suelo que ella pisaba había sentido sus pasos; los libros de las estanterías habían visto su rostro; y había momentos en que la intensa conciencia de los viejos muros oscuros parecía a punto de estallar en alguna revelación audible de su secreto. Pero la revelación nunca llegaba, y ella sabía que nunca llegaría. Lyng no era de las viejas casas charlatanas que traicionan los secretos que les han sido confiados. Su misma leyenda probaba que siempre había sido el mudo cómplice, el incorruptible custodio de los misterios que había sorprendido. Y Mary Boyne, sentada frente a frente con su silencio, sentía la inutilidad de intentar quebrantarlo por medios humanos.

V

—No digo que no fuera honrado, pero tampoco digo que lo fuera. Fueron negocios.

Mary, al oír las palabras, levantó la cabeza de golpe y miró fijamente al que hablaba.

Cuando, media hora antes, le habían subido una tarjeta con el nombre de «Mr. Parvis», había sido de inmediato consciente de que ese nombre había formado parte de su conciencia desde que lo leyera al principio de la carta inacabada de Boyne. En la biblioteca la esperaba un hombre pequeño y cetrino, de cabeza calva y gafas de oro, y la recorrió un estremecimiento al saber que era la persona a la que había ido dirigido el último pensamiento conocido de su marido.

Parvis, con cortesía pero sin preámbulos inútiles — a la manera de un hombre que tiene el reloj en la mano — había expuesto el objeto de su visi-

ta. Había «pasado» a Inglaterra por negocios y, encontrándose en los alrededores de Dorchester, no había querido irse sin presentar sus respetos a Mrs. Boyne; y sin preguntarle, si se presentaba la ocasión, qué pensaba hacer con respecto a la familia de Bob Elwell.

Las palabras tocaron el resorte de un temor oscuro en el pecho de Mary. ¿Sabía acaso su visitante lo que Boyne había querido decir con su frase inacabada? Le pidió una aclaración a su pregunta, y advirtió al instante que él parecía sorprendido de que ella siguiera ignorando el asunto. ¿Era posible que realmente supiera tan poco como decía?

—No sé nada; tiene que contármelo —musitó; y su visitante procedió entonces a exponer su historia. Esta arrojó, incluso sobre sus percepciones confusas y su visión imperfectamente iniciada, un resplandor siniestro sobre todo el turbio episodio de la mina Blue Star. Su marido había hecho su fortuna en aquella brillante especulación a costa de «adelantarse» a alguien menos avisado para aprovechar la oportunidad; y la víctima de su ingenio era el joven Robert Elwell, quien le había «puesto sobre la pista» del negocio de la Blue Star.

Parvis, ante el primer grito de Mary, le había lanzado una mirada serena a través de sus imparciales gafas.

—Bob Elwell no era lo bastante listo, eso es todo; si lo hubiera sido, podría haberse vuelto y haberle hecho a Boyne lo mismo. Es el tipo de cosa que ocurre todos los días en los negocios. Supongo que es lo que los científicos llaman la supervivencia del más apto, ¿no? —dijo Mr. Parvis, visiblemente satisfecho con lo acertado de su analogía.

Mary sintió un encogimiento físico ante la siguiente pregunta que intentó formular: era como si las palabras en sus labios tuvieran un sabor que la revolvía el estómago.

—Entonces..., ¿acusa usted a mi marido de haber hecho algo deshonesto?

Mr. Parvis sopesó la pregunta sin apasionamiento. —Oh, no. No digo eso. Ni siquiera digo que no fuera honrado. —Paseó la mirada por las largas hileras de libros, como si alguno de ellos pudiera haberle suministrado la definición que buscaba—. No digo que no fuera honrado, pero tampoco

digo que lo fuera. Fueron negocios. — Después de todo, ninguna definición dentro de su categoría podría ser más abarcadora que esa.

Mary se quedó mirándole con expresión de terror. Le parecía el indiferente emisario de algún poder maligno.

— Pero los abogados de Mr. Elwell aparentemente no coincidían con su punto de vista, puesto que supongo que retiraron la demanda por consejo suyo.

— Oh, sí; sabían que no tenía por dónde, técnicamente hablando. Fue cuando le aconsejaron que retirara la demanda cuando él se desesperó. Verá usted, había pedido prestado la mayor parte del dinero que perdió en la Blue Star, y estaba en un aprieto. Por eso se pegó un tiro cuando le dijeron que no tenía ninguna posibilidad.

El horror se abatía sobre Mary en grandes olas ensordecedoras.

— ¿Se pegó un tiro? ¿Se quitó la vida por eso?

— Bueno, no exactamente. Estuvo dos meses agonizando antes de morir. — Parvis emitió la declaración con la misma falta de emoción que un gramófono reproduciendo su «registro».

— ¿Quiere decir que intentó suicidarse y no lo consiguió? ¿E intentó de nuevo?

— Oh, no hizo falta que lo intentara de nuevo — dijo Parvis sombríamente.

Se sentaron frente a frente en silencio: él haciendo girar pensativamente los lentes entre los dedos; ella, inmóvil, con los brazos extendidos sobre las rodillas en una actitud de rígida tensión.

— Pero si sabía usted todo esto — comenzó a decir al cabo, con dificultad para alzar la voz por encima de un susurro —, ¿cómo es que cuando le escribí en el momento de la desaparición de mi marido me dijo que no entendía su carta?

Parvis recibió esto sin visible turbación. — Pues porque no la entendía, en sentido estricto. Y tampoco era el momento de hablar de ello, aunque lo hubiera hecho. El asunto Elwell estaba zanjado cuando se retiró la demanda.

Nada de lo que yo pudiera haberle dicho le habría ayudado a encontrar a su marido.

Mary siguió escrutándole. —Entonces ¿por qué me lo cuenta ahora?

Parvis tampoco vaciló. —Bueno, para empezar, supuse que usted sabía más de lo que aparenta... me refiero a las circunstancias de la muerte de Elwell. Y además, la gente habla ahora de ello; todo el asunto ha vuelto a salir a la superficie. Y pensé que si usted no lo sabía debía saberlo.

Ella guardó silencio, y él continuó: —Verá, solo ahora ha salido a la luz en qué mal estado estaban los asuntos de Elwell. Su mujer es una mujer orgullosa, y siguió resistiendo todo lo que pudo, saliendo a trabajar y tomando costura en casa cuando se puso demasiado enferma para ir fuera... algo del corazón, creo. Pero tenía a la madre de él que mantener, y a los hijos, y se quebrantó y al final tuvo que pedir ayuda. Eso llamó la atención sobre el caso, y los periódicos lo recogieron y se organizó una suscripción. Todo el mundo por allá quería a Bob Elwell, y casi todos los nombres prominentes del lugar figuran en la lista, y la gente empezó a preguntarse por qué...

Parvis se interrumpió para hurgar en un bolsillo interior. —Aquí tiene —continuó—, aquí tiene un reportaje completo sobre todo el asunto del Sentinel; algo sensacionalista, claro. Pero supongo que será mejor que lo lea.

Le tendió un periódico a Mary, quien lo desplegó despacio, recordando, al hacerlo, la tarde en que, en aquella misma sala, la lectura de un recorte del Sentinel había sacudido por primera vez las profundidades de su seguridad.

Al abrir el periódico, sus ojos, huyendo de los titulares que gritaban «La viuda de la víctima de Boyne se ve obligada a pedir ayuda», recorrieron la columna hasta detenerse en dos retratos insertados en ella. El primero era el de su marido, tomado de una fotografía sacada el año en que habían venido a Inglaterra. Era el retrato de él que más le gustaba, el que estaba en la mesita de su dormitorio. Cuando los ojos de la fotografía encontraron los suyos, sintió que le sería imposible leer lo que se decía de él, y cerró los párpados ante la punzada del dolor.

—Pensé que si se sentía dispuesta a poner su nombre en la lista... —oyó continuar a Parvis.

Abrió los ojos con un esfuerzo, y cayeron sobre el otro retrato. Era el de un hombre joven, de complexión ligera, con los rasgos algo difuminados por la sombra del ala de un sombrero que sobresalía. ¿Dónde había visto antes aquel perfil? Lo miró confusa, con el corazón golpeándole en los oídos. Luego lanzó un grito.

—¡Es él! ¡El hombre que vino a buscar a mi marido!

Oyó a Parvis levantarse de un salto y fue vagamente consciente de que se había deslizado hacia atrás, al rincón del sofá, y de que él se inclinaba sobre ella con alarma. Se incorporó y alargó la mano hacia el periódico, que se había caído.

—¡Es él! ¡Lo reconocería en cualquier parte! —insistió con una voz que a sus propios oídos sonó como un grito.

La respuesta de Parvis llegó a ella desde lejos, por entre infinitos recovecos amortiguados de niebla.

—Mrs. Boyne, no se encuentra usted muy bien. ¿Llamo a alguien? ¿Le traigo un vaso de agua?

—¡No, no, no! —Se abalanzó hacia él, con la mano aferrando frenéticamente el periódico—. Le digo que es él. ¡Lo conozco! Me habló en el jardín.

Parvis tomó el periódico, dirigiendo sus gafas hacia el retrato. —No puede ser, Mrs. Boyne.

Es Robert Elwell.

—¿Robert Elwell? —Su blanca mirada parecía viajar hacia el vacío—. Entonces fue Robert Elwell quien vino a buscarle.

—¿Que vino a buscar a Boyne? ¿El día en que desapareció de aquí? —La voz de Parvis se apagó al alzarse la de ella. Se inclinó hacia ella, posándole la mano con ademán fraternal, como para inducirla suavemente a volver a su asiento—. Pero ¡si Elwell estaba muerto! ¿No lo recuerda?

Mary se quedó con los ojos fijos en el retrato, inconsciente de lo que él le estaba diciendo.

—¿No recuerda la carta inacabada de Boyne..., la que encontró en su escritorio aquel día? La escribió justo después de enterarse de la muerte de Elwell. —Notó en la voz sin emociones de Parvis un extraño temblor—. ¡Tiene que recordarlo!

Sí, lo recordaba: ese era el horror más hondo de todo. Elwell había muerto el día anterior a la desaparición de su marido; y este era el retrato de Elwell; y era el retrato del hombre que le había hablado en el jardín. Levantó la cabeza y miró despacio alrededor de la biblioteca.

La biblioteca podía atestiguar que era también el retrato del hombre que había entrado aquel día para llamar a Boyne desde su carta inacabada. A través de las brumosas marejadas de su mente oyó el débil eco de palabras casi olvidadas: palabras pronunciadas por Alida Stair en el jardín de Pangbourne antes de que Boyne y su mujer hubieran visto siquiera la casa de Lyng, o hubieran imaginado que algún día podrían vivir en ella.

—Este fue el hombre que me habló —repitió.

Miró de nuevo a Parvis. Él intentaba disimular su turbación bajo lo que probablemente imaginaba ser una expresión de indulgente conmiseración; pero los bordes de sus labios estaban lívidos. «Cree que estoy loca; pero no lo estoy», reflexionó; y de pronto se le ocurrió una forma de justificar su extraña afirmación.

Se quedó quieta, dominando el temblor de sus labios, esperando a poder fiarse de su voz; luego dijo, mirando directamente a Parvis:

—¿Quiere usted responderme a una pregunta, por favor? ¿Cuándo intentó suicidarse Robert Elwell?

—¿Cuándo...cuándo? —tartamudeó Parvis.

—Sí; la fecha. Intente recordarlo.

Vio que él la temía cada vez más. —Tengo una razón —insistió ella.

—Sí, sí. Solo que no recuerdo. Unos dos meses antes, diría yo.

—Quiero la fecha —repitió.

Parvis cogió el periódico. —Quizá aquí salga —dijo, siguiéndole la corriente. Recorrió la página con los ojos—. Aquí está. El pasado octubre..., el...

Ella le arrancó las palabras de la boca. —El veinte, ¿verdad? Con una mirada penetrante, él verificó. —Sí, el veinte. ¿Entonces usted ya lo sabía?

—Ahora lo sé. —Su mirada siguió viajando más allá de él—. El domingo veinte: ese fue el día en que vino por primera vez.

La voz de Parvis era casi inaudible. —¿Que vino aquí por primera vez?

—Sí.

—¿Lo vio usted dos veces, entonces?

—Sí, dos veces. —Se lo musitó apenas—. Vino por primera vez el veinte de octubre. Recuerdo la fecha porque fue el día en que subimos al Meldon Steep por primera vez. —Sintió una leve sacudida de risa interior al pensar que de no ser por eso podría haberlo olvidado.

Parvis siguió escrutándola, como intentando interceptar su mirada.

—Lo vimos desde el tejado —continuó ella—. Venía por la avenida de tijos hacia la casa. Iba vestido exactamente como en ese retrato. Mi marido lo vio primero. Se asustó y bajó corriendo delante de mí; pero no había nadie allí. Había desaparecido.

—¿Que Elwell había desaparecido? —vaciló Parvis.

—Sí. —Sus dos susurros parecían buscarse el uno al otro a tientas—. No pude entender qué había pasado. Ahora lo veo. Intentó venir entonces; pero no estaba suficientemente muerto: no podía llegar hasta nosotros. Tuvo que esperar dos meses para morir; y luego volvió..., y Ned se fue con él.

Asintió hacia Parvis con la expresión de triunfo de un niño que ha resuelto un difícil rompecabezas. Pero de pronto levantó las manos en un gesto desesperado y se las apretó contra las sienes.

—¡Dios mío! ¡Yo le mandé a Ned..., yo le dije dónde ir! ¡Yo le mandé a esta sala! —gritó.

Sintió que las paredes de libros se precipitaban hacia ella, como ruinas que se derrumban hacia dentro; y oyó a Parvis, a lo lejos, entre los escombros, llamándola y esforzándose por llegar a ella. Pero estaba insensible a su contacto, no sabía lo que él decía. Entre el tumulto oyó una sola nota clara: la voz de Alida Stair, hablando en el jardín de Pangbourne.

«No lo sabrás hasta después», decía. «No lo sabrás hasta mucho, mucho después.»

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB